

Daniel Cosío Villegas, crítico del poder



Empresario cultural, constructor de instituciones, historiador, diplomático, “liberal puro”, según su propia definición, Daniel Cosío Villegas fue también un agudo crítico del sistema político mexicano. Ejerció su vocación independiente como editor e historiador, pero, sobre todo, como colaborador de *Excélsior* y *Plural*, en donde dejó ver un tenaz compromiso con la vida pública del país. A cincuenta años de su fallecimiento, sirva este homenaje para volver a sus páginas y encontrar en ellas, como dice Luis González y González, una defensa del “derecho que tiene todo ciudadano de diferir del poder”.

Cosío Villegas, caballero águila de la Revolución

por **Luis González y González**

Con Cárdenas, la Revolución, en proceso de enfriamiento desde 1930, se recalienta hasta niveles insospechados por las prácticas del agrarismo, la escuela socialista, la expropiación de bienes a las compañías petroleras y el apoyo oficial a toda clase de colores rojos. El día cumbre fue el 18 de marzo de 1938. A partir de ese día se inicia el despinte de una revolución que Ávila Camacho condujo hasta el rosa desleído. En vez de campañas contra los curas, los latifundistas y los imperialistas, se emprenden campañas de alfabetización, industrialización y concordia internacional. Mientras la Segunda Guerra enfurecía a millones de europeos, asiáticos y norteamericanos, los antes enfurecidos habitantes de México deponían sus odios, entraban a una revolución sin violencia.

En la cúspide de la revolución, Daniel Cosío Villegas se da a la tarea de poner en marcha y rápido desarrollo grandiosas construcciones culturales: la revista *El Trimestre Económico*, la editorial el Fondo de Cultura Económica, el transtierro a la Nueva España de cerebros de la Vieja España y la construcción, con tales acarreados, de un par de sucesivas instituciones: la Casa de España en México y El Colegio de México. Desde que le falló en 1935 la Secretaría de Relaciones Exteriores (Cosío estuvo a punto de ser el jefe de ese ministerio) y la embajada en Portugal (Cosío fue encargado de negocios allá en 1936) se consagró de tiempo completo a convertir *El Trimestre* en una estimable publicación periódica, a publicar en el Fondo, entre 1935 y 1948, 389 libros de la mayor importancia, a poner en México dos centenares de sabios de la intelectualidad española y a construir con esa gente institutos de excelencia como El Colegio de México, tan altamente elitista, que nace con el modesto propósito de ser el olimpo de la república en el terreno de la ciencia social. De 1937 a 1949 fue caudillo de los intelectuales mexicanos pese a que en ese entonces escribió poco: el folleto contra *El fascismo japonés*; el artículo sobre “La crisis de México” o sobre lo que a México le pasaba y le podía pasar; 135 notas acerca de los Estados Unidos e Iberoamérica y el ensayo en que desmentía una tesis tricentenaria, la tesis de la riqueza natural del territorio mexicano, el viejo mito que veía en México un cuerno de la abundancia.

A través del cuarto trecentio de su vida, don Daniel desarrolló su cuerda de empresario eficaz, respetable, honesto, docto, trabajador, rotundo, ahorrativo, inventivo, cerebral, tan práctico como idealista, tan riguroso como tolerante, tan

complejo que dejó imágenes encontradas en quienes trabajaron con él. Antonio Alatorre dice: “Era grato tenerlo de jefe.” Javier Márquez lo recuerda “altanero, tosco, injusto y cruel”. No puede negarse que tuvo el don de mando. Nadie le dice ineficaz; nadie tampoco, enemigo del trabajo. Trabajaba quince horas diarias y en lo requerido en cada momento. Hacía de todo: estar al día en publicaciones en otras lenguas cultas, corregir pruebas de imprenta, programar cursos, hablar con impresores y con altos funcionarios, hacer cuentas, comprar sillas, mesas, focos, papeles y plumas, volar de un extremo a otro de América, convenir con un autor sobre la publicación de su libro, escribir cartas e informes, violentarse, ponerse rojo de rabia, romper sin miramientos el mecanoscrito de una obra mal hecha o mal traducida.

Pese a sus frecuentes y remotos vuelos y a sus constantes oscilaciones entre la razón y la pasión, la soledad y la amistad, el silencio y el barullo, la prisa y el sosiego, el buen vivir y el ascetismo, siempre desde una posición de izquierda, liberal y proaliada, se impuso su sabiduría. No obstante su repudio del poder establecido, Cosío se volvió notablemente poderoso, muy respetado en sus papeles de líder del Fondo de Cultura Económica, director de estudios económicos del Banco de México, profesor universitario, mayordomo de El Colegio de México y responsable de aquel análisis de la crisis de su patria que produjo huracanes de cólera en políticos y sabios agachones y llevó a Cosío a una quinta etapa de su vida desde 1950, a la de historiador del porfiriato, del México moderno y liberal. Según llegó a creer, el estudio de ese México, tan olvidado por los historiadores, ayudaría a interpretar mejor al de ahora y, por lo mismo, contribuiría a su mejoría y buena marcha. Para reseñar la nueva jornada de Cosío me sirvo de mis propios recuerdos. En diciembre de 1952, cuando seguía estudios de posgrado en París, en un mes en que el frío se metía hasta la cocina, recibí la carta de invitación para incorporarme al Seminario de Historia Moderna de México, presidido por el sempiterno “todólogo” Daniel Cosío Villegas, entonces aspirante a salvar a su país por el conocimiento histórico. Aceptada la invitación, dejé los agridulces días de Europa, hice un viaje de dos semanas a través del Atlántico, una travesía autobusera y sin apresuramientos de norte a sur de los Estados Unidos. Me incorporé al famoso seminario en la primavera de 1953, a poco del debut de don Adolfo Ruiz Cortines, el segundo civil presidente de la república en la era revolucionaria.

A la serie de caudillos adustos, militares, batalladores y solemnes siguió la serie, inaugurada por Miguel Alemán, de los ejecutivos risueños, civiles y no contaminados por rencillas revolucionarias. Alemán mantuvo en asta la bandera avilacamachista de la unidad nacional e izó la bandera de la industrialización. Como se manejaron millones de pesos en la hechura de presas, caminos carreteros, fábricas, palacetes de mármol y no sé cuántas construcciones archivistas, algunos opinantes de la prensa maldijeron al régimen

de Alemán. La maledicencia condujo a Ruiz Cortines a su célebre etapa de abstención y de ahorro. El régimen “codo” del “viejito” produjo quietud en el interior de México. En el decenio de los cincuenta, se vive sin mayores zozobras en todas partes. La guerra fría entre Estados Unidos y la URSS dejó de preocupar a la gente; la guerra de Corea no fue próxima ni de gran susto, y la lucha cubana todavía no daba color. Al momento de subir López Mateos a la presidencia de la república, el color rosa y la tarde sin viento eran lo característico de estas y otras latitudes. La exhumación del pasado liberal de México se hizo en medio de una calma chicha.

Cosío, para poder consagrarse a sus investigaciones históricas, cede el Fondo a don Arnaldo Orfila y la secretaría del Colegio al antropólogo Daniel Rubín de la Borbolla y al filólogo Antonio Alatorre. Don Alfonso Reyes le enmienda la plana, nombra secretario al poeta Manuel Calvillo. Al percatarse de la enormidad de la tarea de reconstruir la vida de México de la República Restaurada al presente, Cosío pide el auxilio de un buen número de jóvenes investigadores, funda el Seminario de Historia. Algunos integrantes de la empresa se ocuparían de la época liberal y otros de la época revolucionaria. Los investigadores contratados para examinar testimonios de la Revolución no pudieron seguir haciéndolo. Entonces don Daniel y sus fieles se constriñen a la época moderna, a la etapa 1867-1910. A principios de 1952 arranca el trabajo colectivo en un proyecto que fraccionaba la época liberal en dos periodos (República Restaurada y porfiriato) y cada uno de los periodos en tres secciones: vida política, vida económica y vida social. El director, con dos o tres ayudantes, toma la responsabilidad de las secciones de la vida política en ambos periodos y responsabiliza a Francisco Calderón de la vida económica en la República Restaurada; a Luis González, en compañía de Emma Cosío y de Lupe Monroy, de la vida social en el mismo periodo; a Moisés González Navarro y ayudantes, de igual vida en el porfiriato, y a una cadena de distinguidos economistas, de la prosperidad porfiriana. En un enorme salón de la Secretaría de Hacienda se leían, de nueve de la mañana a dos de la tarde, libros, periódicos y un sinfín de documentos. Don Daniel, instalado en el fondo del salón, ponía uno de sus brillantes ojos al libro y el otro al equipo. Solo la escritura fue a solas, ya en la casa de cada quien, ya en algún cuarto de El Colegio de México, entonces en un caserón colindante con un jardín. Los borradores fueron debatidos en reuniones del seminario. En 1955 apareció el volumen uno de la multivoluminosa *Historia moderna de México*.

Los tres primeros tomos, publicados entre 1955 y 1956, atraen amistades y enemistades, aplausos y rechiflas. Cosío es alabado por los legos y maldecido por algunos colegas. También recobró la buena voluntad de los poderosos y de las figuras sobresalientes de la opinión pública. Por esto, el caballero águila ya no pudo seguir su trabajo de tiempo completo en la *Historia*. Otra vez estuvo en el servicio oficial. Entre

1957 y 1963 repartió las horas disponibles entre el seminario, la presidencia de El Colegio de México, la presidencia del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, la supervisión de las revistas *Historia Moderna*, fundada por él en 1951, y *Foro Internacional*, otra fundación suya de 1960; las visitas y halagos de sus admiradores, las conferencias de El Colegio Nacional, el aula magna de la república a donde fue llamado en 1950. Desde entonces don Daniel, mientras volaba de un continente a otro, hacía mil cosas. Entretanto, algunos historiadores se ensañaban con sus estudios históricos.

Algunos creyentes en la investigación histórica individual, y no en equipo, desaprobaron la costumbre danielésca de hacer búsqueda colectiva. Otros historiadores tenían una fe ciega en los manuscritos como fuentes de verdad histórica, pero descreían de los impresos, utilizados mayoritariamente en la confección de la *Historia moderna*. No pocos investigadores de izquierda vieron con verdadera preocupación que Cosío explicara por las personas y sus intenciones, en vez de explicar por una ideología de moda, en vez de acudir a las fuerzas productivas, los modos de producción y de clases. Los rastreadores del pasado que se consideraban de vanguardia veían en Cosío Villegas a un historiador narrativo, que, para colmo de males, usaba un idioma inteligible y ninguna de las jergas científicas. Sobre su obra cayeron los dictérios contradictorios de idealista, positivista, amateur, tecnócrata, reaccionaria, revolucionaria, sin plan, demasiado planificada, sin unidad, sin diversidad, profusa, defectuosa. Pocos repararon en su mayor y real defecto: el ser inmanejable por el volumen colosal de sus numerosos volúmenes.

La diezvoluminosa *Historia moderna de México* fue la hazaña dirigida por un hombre que miraba desde muy alto, no por un patrono común y corriente; por alguien con sabiduría, no solo con erudición. Los dirigidos trabajamos a nuestro entero gusto, con ideas previas, prejuicios y métodos aprendidos de Gaos, Zavala, Iglesia, Medina, Marrou, Braudel, Weber y alguno más. Cada quien vio aquella época desde su propio mirador. Cada quien puso al servicio de la búsqueda todo su tiempo, su interés y su ciencia, inspirado en el jefe a quien ninguno logró pisar los talones ni mucho menos salir adelante. En el equipo, el maestro se llevaba los campeonatos de laboriosidad, inteligencia, acopio de materiales, número de páginas escritas, lucidez y eficacia en la exposición. Los que habíamos estudiado para historiadores hubimos de reconocer la superioridad de Cosío. Como superaba a los profesionales sin siquiera haber cursado ninguna materia del currículum de historia, dimos en pensar que para ser buen clonauto lo de menos era una licenciatura, maestría o doctorado de historia, y lo verdaderamente importante, un poco de seso, de sensibilidad y de otra cosita.

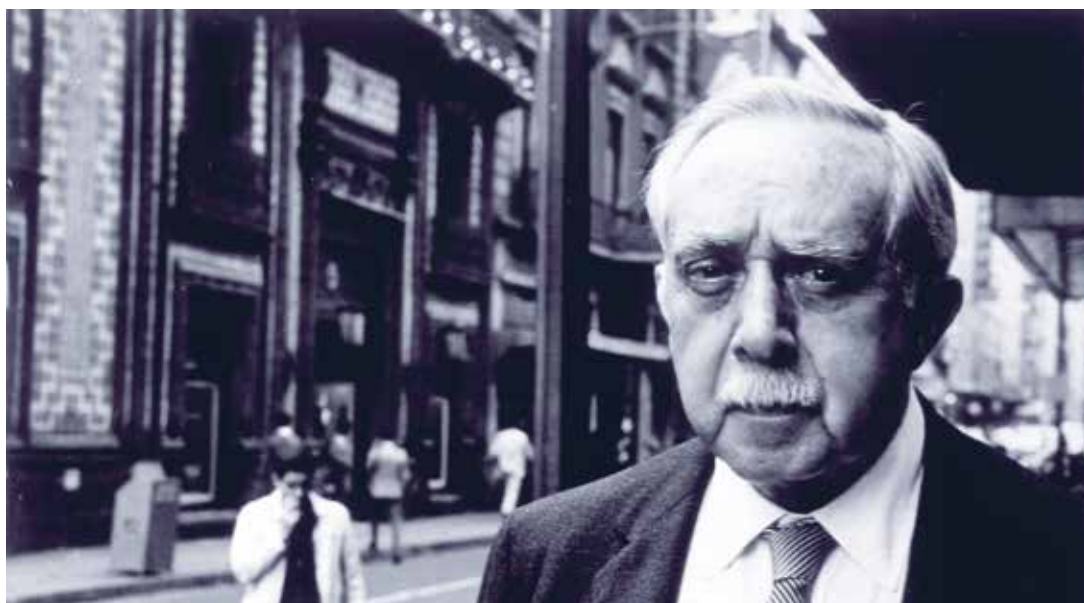
Por lo demás, la *Historia*, quizá por gorda y cara y no tanto por el repudio de los del gremio, jamás se vendió como pan caliente y probablemente fue poco leída. La influencia lograda por don Daniel mediante esa obra no admite los

calificativos de vasta y profunda. Ha servido como cantera de datos, no como libro de lectura habitual y modelo a seguir. La popularidad alcanzada por Cosío se debe en una mínima parte a la *Historia*, en una parte mayor, a sus conferencias en El Colegio Nacional, pero sobre todo a su crítica de la actualidad palpitante, al politólogo y periodista que fue el último Cosío, el de los sexenios de Díaz Ordaz y Echeverría, del que estuve cerca gracias al cultivo de su amistad y a la lectura de sus obras.

La amistad nació en la comida de los lunes y en un trío de empresas editoriales donde fui, pese a mi inferioridad en edad y saber, su copiloto. Cuando El Colegio de México se muda al edificio mondrianesco de las calles de Guanajuato, Cosío da en reunirse, lunes tras lunes, en la Lorraine o en el Gallego, para charla y cometunga, con un grupo de colmexianos constituido generalmente por Luis Medina, Lorenzo Meyer, Mario Ojeda, Rafael Segovia, Bernardo Sepúlveda, Samuel del Villar, Enrique Krauze y yo. Allí se debatía todo lo divino y lo humano, pero principalmente los sucesos políticos del día. También lo traté muy de cerca mientras se cocinaban las *Historia mínima*, *Historia general* e *Historia de la Revolución*, en las que él fue jefe y yo ayudante. Como era suscriptor del *Excelsior*, no me costó trabajo ser lector de sus artículos. En contra de su costumbre, recibí regaladas sus últimas obras y las leí de un tirón recién salidas de las prensas.

Lo rememoro cuando iba a las universidades de Columbia y de Austin donde fue maestro en 1963. Recuerdo cuando le cedió la batuta del Colmex al doctor Silvio Zavala y él se sube a la Torre Latinoamericana para ponerle fin a la *Historia moderna*. Recuerdo cuando en 1967 coordina un seminario sobre la política exterior de México. Podría asegurar, sin ver nota alguna, que inicia sus colaboraciones en *Excelsior* en 1968, poco antes del conflicto estudiantil. Fui testigo del momento en que el presidente Echeverría le entrega el Premio Nacional de Letras en 1971. Veo nítidamente los instantes en que aceptó coordinar las tres historias (mínima, general y contemporánea); aquella, para la televisión, en el desayuno del premio gordo; la segunda, en mi cubículo del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, y la tercera, en la casa de don Daniel, delante de Luis Echeverría, doña María Esther, Rosa Luz, Luis Vicente, las Lupe, las Emma, Armida y yo, después de un sencillo convite. Lo vi en mi tierra, en San José de Gracia, altamente dichoso y dicharachero. Todavía lo oigo cuando tramaba un viaje por Europa. El viaje iba a comenzar en Perpiñán, con la visita al amigo Jean Meyer, pero no se hizo porque murió repentinamente, como soldado en guerra.

En el último trecento Cosío lee, oye, habla y escribe sin cesar; publica alrededor de cinco mil páginas: dos volúmenes de la *Historia moderna*, uno de *Ensayos y notas*, tres sobre la vida política mexicana reciente, uno sobre su *Labor periodística real e imaginaria* y numerosos artículos no juntados en



volumen. En el último lustro, desde que le da por presentir su muerte, pone mano a la operación de sus *Memorias*, pues quería publicarlas en vida. En su tercera edad se dobla un poco, se llena de canas, ensordece y camina con cierta lentitud, pero sigue laborioso y lúcido. Se dice que la gula es el pecado capital propio de los cincuentones. Don Daniel cometió ese pecado hasta el último día. Se dice que a los viejos todo les aburre. A don Daniel casi nunca se le vio aburrido. Con los años no sufre ni la brillantez de la mirada ni la agresividad de su razón ni la aptitud de interesarse en esto y aquello. Algunos rasgos juveniles de signo negativo en la vejez se volvieron positivos. Así su humor que pasa del sarcasmo a la nota de burla leve. Como quiera, nunca fue hombre de risa fácil. Con los años pierde pesimismo, pero no deja de ver a los farsantes y chanchulleros que dificultan la felicidad de los mexicanos. Solo su voz, un tanto nasal y chillona, permanece igual de opuesta a su porte de caballero águila.

Ya tosijoso, pues nunca pudo deshacerse de la costumbre de fumar, da magistrales lecciones de buena conducta cívica. En sus últimas jornadas se da el gusto de prescindir de la aprobación del gobierno. Defiende con sus artículos, plenos de viveza, lógica y gracia, el derecho que tiene todo ciudadano de diferir del poder. Sin eufemismos y sin solemnidad señala las lacras de los gobernantes, incluso las del presidente de la república, a quien los escritores mexicanos consideran intocable. Gracias a su buen tino para reunir la información *ad hoc* y su capacidad para descubrir infundios y farsantes logra poner, en la mayoría de los casos, el dedo en la llaga. Con todo, no se limita a señalar embustes. Como dice Lorenzo Meyer, su deseo de “velar por la buena marcha

del país”, lo hace también aducir remedios, soluciones concretas y de fácil aplicación para los escalofríos de la patria. Siempre fue un patriota lúcido en el diagnóstico del malestar y acertado en la prescripción de la pócima que podía hacer un México libre y feliz.

Como quiera, el influjo del caballero águila en las altas esferas de la política va a menos cuando debió ir a más. Como escritor político disgusta a la casta gobernante e influye poco en la dirección del país. Con quienes sí hizo amistades entusiastas fue con los gobernados que, como es sabido, influyen poco en el gobierno. Si estos influyeran más, la influencia de don Daniel habría sido visible y palpable en la buena marcha de la república. Los conocimientos de Daniel Cosío, por la estructura política de México y la sordera y testarudez de los mandamases, no pasó de ser grito sin eco, semilla caída en roca, luz en tierra de ciegos. Daniel Cosío Villegas, con Lucas Alamán, José María Luis Mora, Melchor Ocampo, Ignacio Vallarta, Justo Sierra, Carlos Pereyra, Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Octavio Paz, es uno de los profetas de la sociedad mexicana. Como la gran mayoría de los citados, predicó en el desierto. Como los grandes de este país, en los momentos de indiferencia del público goza del apapache oficial, y en los momentos en que el público lo aplaude es rechazado por los señores del gran poder. Quizás estos adivinaban que Cosío con pueblo podía volverse un competidor temible de los poderosos, un filósofo-rey. A su excelente biógrafo, a Enrique Krauze, le confesó poco antes de morir: “Lo que no es política me importa un carajo.” A la pregunta de Jean Meyer:

—¿Alguna vez quiso ser presidente de la república?
Daniel Cosío Villegas, a los 75 años de edad, repuso:
—¡Siempre! Nunca quise ser otra cosa.

Su presidenciado habría sido una fortuna mayor que la del petróleo, pero quizá no tan valioso como su obra escrita. ~

Zamora, a 16 de julio de 1985.

Fragmento tomado de Cien años de Daniel Cosío Villegas, libro editado por Fernando Vizcaino (Clio/El Colegio Nacional, 1998).

LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ (San José de Gracia, Michoacán, 1925-2003) fue historiador y fundador de El Colegio de Michoacán. Entre sus libros más importantes se encuentran *Pueblo en vilo* y *El oficio de historiar*.

Un estirón a los setenta

por **Gabriel Zaid**

El 16 de agosto de 1968, Daniel Cosío Villegas empezó a publicar los viernes en *Excélsior*, y llamó mucho la atención porque era un personaje del mundo académico, que opinaba sobre la situación política (tradición entonces olvidada). Porque tenía algo que decir, cosa extraña en un género reducido a votar en favor o en contra, para lo cual basta con levantar la mano. Porque lo decía muy bien. Pero, sobre todo, porque elegantemente y con buenas razones se metía con los errores presidenciales, cosa inusitada, y de la cual podía esperarse que terminara mal. *Excélsior* era entonces el centro de la opinión pública nacional, y no estaba claro si el presidente Díaz Ordaz dejaría pasar eso, sobre todo en aquel momento de crisis.

Unas semanas antes, había cumplido setenta años. Tenía, merecidamente, una figura de constructor ilustre de la vida cultural. Había destacado como universitario (líder estudiantil, profesor, investigador, secretario general de la UNAM, miembro de El Colegio Nacional, presidente de El Colegio de México); como editor (fundador del Fondo de Cultura Económica y de las revistas *El Trimestre Económico*, *Foro Internacional*, *Historia Mexicana*); como diplomático (que promovió la invitación a México de los intelectuales derrotados en la guerra civil española, y representó a México en Bretton Woods); como historiador (entonces sumergido en la vida política del porfiriato, para su magna *Historia moderna de México*).

¿Cómo explicar que un hombre tan establecido y tan del *establishment*, inesperadamente, creciera ante la crisis, asumiera un papel nuevo en la vida pública y diera un estirón de estatura moral a los setenta años?

La misión del saber universitario se entendía entonces como servicio a la patria; es decir: como servicio público; es decir: como servicio en el sector público; es decir: como tecnocracia. Idea de larga tradición platónica, cuyo antecedente inmediato estaba en los “científicos” de Porfirio Díaz, para los cuales había que superar las agitaciones de la vida política (las guerras y debates de liberales y conservadores) con la paz laboriosa de la administración pública.

Cosío Villegas promovió las carreras universitarias para la formación profesional de economistas y diplomáticos. Promovió que el gobierno becara a funcionarios para hacer estudios en el extranjero. Hizo traducir y publicar textos de economía. Dedicó mucho tiempo a formular recomendaciones razonables al poder ejecutivo. Y sufrió las consecuencias de rebasar ese papel platónico, cuando en 1947 publicó “La crisis de México”, una crítica del poder que le ganó medio centenar de réplicas y un recordatorio del secretario de Gobernación: Sócrates fue “compelido por el Estado a purgar su heterodoxia con una copa de cicuta”, pero “en México, señores, ningún heterodoxo será hoy perseguido”.

Siempre había tenido preocupaciones de estadista responsable del país, aun no teniendo más poder que sus argumentos. Pero, en general, sus argumentos se dirigían al poder y a sus círculos técnicos, no a la sociedad. La diferencia es capital. La razón al servicio del sector público y la razón pública pueden argumentar lo mismo, pero no apelan al mismo tribunal.

No está claro que entonces viera la diferencia, aunque el poder sí la veía. Si, en vez de publicar su diagnóstico, se lo hubiera dicho en privado al secretario de Gobernación, el trato habría sido diferente. Héctor Pérez Martínez se creía intelectual, soñaba con la presidencia de la república, y hubiera tomado como adhesión la esperanza de Cosío Villegas: “que de la propia Revolución salga una reafirmación de principios y una depuración de hombres”. Pero Cosío Villegas no se midió, publicando su crítica. Del cielo platónico, cayó a la plaza pública socrática, y le recordaron la cicuta.

Para 1968, cuando se lanza como editorialista de *Excélsior*, no solo estaba muy consciente de la diferencia, de su propio papel y de los riesgos que asumía: la vio como una causa central de la crisis. Los estudiantes universitarios y los universitarios en el poder, que eran supuestamente la culminación histórica de la razón en México, se dejaban arrastrar por la sinrazón. Sus deficiencias técnicas se explicaban por una deficiencia racional más profunda: la falta de crítica pública.

Lo dijo claramente y doblemente, porque lo demostró andando. Puso la muestra de que la crítica razonada y respetuosa era posible y necesaria, como salida del conflicto en curso y del estancamiento político de México. La crítica del poder que inició en 1968, y continuó hasta su muerte en 1976, fue un estirón creador de su propia conciencia, que resultó creador de conciencia pública. Fue una revelación para el público lector, una especie de terapia colectiva. La eficacia de su prosa se enriquecía con fórmulas (“No hay

sino un remedio: hacer pública de verdad la vida pública del país”, 13/IX/68) que, además de esclarecedoras, practicaban lo que decían: hacían pública la conciencia de que ciertas cosas tenían que decirse.

Como decenas de miles de mexicanos, leí a partir de entonces todo lo que escribió. Me sentía acompañado por su inteligencia independiente, por sus observaciones alejadas de la jerga oficial, de la jerga académica, de la jerga marxista, por su audacia tranquila, por su sentido del humor. Hoy, sus artículos me asombran por lo bien que se dejan releer, aunque los temas sean coyunturales. Quizá porque la coyuntura no ha pasado. Quizá por lo que tienen de ensayos, en la tradición de Montaigne: de vivencias compartidas, de conversación conciudadana.

Dejó libros, instituciones, discípulos. Como si fuera poco, al final de su vida, dejó un público lector que lo acompañaba en la plaza pública y en el estirón: que se volvía más ciudadano y menos súbdito. ~

Aparecido como prólogo al libro de Daniel Cosío Villegas, Crítico del poder. Periodismo real e imaginario desde 1968 (Clío/El Colegio Nacional, 1997)

GABRIEL ZAID es poeta y ensayista. Este año Debate publicó *Gabriel Zaid en Letras Libres*.

Cosío Villegas y Echeverría: el crítico y el predicador

por **Enrique Krauze**

Ante la sorprendente reedición, revisada, mejorada y aumentada de la “monarquía absoluta, sexenal y hereditaria en línea transversal” que vivimos en México, he recordado la relación de Daniel Cosío Villegas, autor de esa frase memorable, con los presidentes que se cruzaron en su camino. Entre ellos, ninguno más significativo que Luis Echeverría, a quien trató con cierta frecuencia.

Echeverría tomó posesión el 1 de diciembre de 1970. Tenía 48 años de edad. Había hecho una carrera política larga y oscura, siempre al lado de Gustavo Díaz Ordaz. Conocedor de las reglas de aquel juego, tras el “destape” comenzó a deslindarse de su antiguo jefe, con el propósito evidente de lavar su propia (alta) responsabilidad en el crimen de Tlatelolco. Si no era posible ganarse a los estudiantes había que cortejar a sus figuras de autoridad, los maestros, académicos, universitarios, intelectuales. Y ostentarse como un gobierno “abierto a la crítica y la autocrítica”.

Daniel Cosío Villegas había cumplido 72 años de edad. En aquel tramo final, veía hacia atrás con la satisfacción de una labor cumplida. Había creado el Fondo de Cultura

Económica (1934), El Colegio de México (1942) y varias revistas, entre ellas *El Trimestre Económico* e *Historia Mexicana*. Estaba por terminar los dos últimos volúmenes de la *Historia moderna de México*. A lo largo de treinta años había publicado ensayos iluminadores sobre Estados Unidos, México y América Latina. Jamás había variado sus convicciones: era un “liberal de museo: puro y anacrónico”. Había servido al Estado mexicano como diplomático y economista y, si no había podido llegar a los más altos puestos públicos, no había sido por falta de méritos (los tenía por encima de cualquier otro) sino por tener “una N de NO en la frente”. Pero en 1968, en vez de retirarse a la vida contemplativa, decidió enfundar la “casaca” del escritor político. México no podía perder más tiempo en la construcción de una vida política robusta, libre y sana. Acostumbrado a fundar instituciones, el crítico Cosío Villegas se propuso fundarla.

A pocos días de la toma de posesión de Echeverría, Cosío Villegas publicó un texto inusualmente emotivo. Lo tituló “Rogativa”, y en él concluía que México no necesitaba “tanto un líder político; tampoco un reformador administrativo; ni siquiera un promotor enajenado de las obras públicas. Por lo que clama es por un líder moral, que sirva de ejemplo y de inspiración a todo el país”. Cosío tenía en mente a un hombre liberal, a la manera de los liberales del siglo XIX que había estudiado y admiraba tanto: intachable y recto, respetuoso de la ley, las garantías individuales, el orden republicano, el debate público, la libertad de expresión y la crítica.

El presidente fingió tomarle la palabra. Desde el inicio, proclamó el arribo de una nueva era de “apertura democrática”. Solo unos cuantos intelectuales y los estudiantes descreímos de sus promesas. Para nosotros, la herida del 68 estaba abierta y volvió a sangrar, literalmente, en la matanza del 10 de junio de 1971. Echeverría prometió una investigación inmediata, que nunca llegó. A pesar de esos hechos, varios académicos y escritores mantuvieron la esperanza en Echeverría. También don Daniel, por muy breve tiempo.

Pronto llegaron las malas señales. Cosío no dejó de comentarlas. Por ejemplo, la hiperactividad del presidente, que “confundía su sexenio con un semestre”, o su manía de viajar por todo el mundo, o la obsesión de hablar todo el día, todos los días, debido a la cual no tardaría en referirse a él como un “predicador”. No obstante, la relación persistía. Y es que Echeverría tuvo con don Daniel deferencias que ningún otro mandatario había tenido con él: lo invitaba a Los Pinos, lo visitaba en su casa. En una reunión para festejar la aparición del tomo final de la *Historia moderna de México*, ofreció otorgar a El Colegio de México un generoso financiamiento público para que emprendiese la *Historia de la Revolución mexicana*. Y cumplió su promesa.

Don Daniel, por supuesto, era insobornable. Pronto se vio claro que “la apertura democrática” era una nueva máscara del autoritarismo. Al descubrir la mentira, la crítica de don Daniel se volvió irreversible.

A principios de 1974 circuló profusamente un libro titulado *Danny, el sobrino del Tío Sam*. Su autor se escondía bajo el seudónimo de Leoncio Ibarra. No tenía pie de imprenta. Su tiraje se calculó en cincuenta mil ejemplares. Ese folleto inmundo era la respuesta del gobierno de Echeverría a las críticas que Cosío Villegas publicaba todos los viernes en el *Excélsior* de Julio Scherer. Me consta personalmente que le ofendía la agresión a su buen nombre y su obra, y que, a sus 75 años de edad, consideró salir al exilio. Pronto recapitó, exigió explicaciones y siguió haciendo lo que sabía y debía hacer: criticar al poder.

¿Qué ocurrió después? Don Daniel cuenta en sus *Memorias* que el presidente lo recibió en Los Pinos. Fue una reunión “penosa de verdad”: “lo que pasa —dijo Echeverría— es que yo soy todo en este país, digamos, yo soy Petróleos Mexicanos”. Cosío aprovechó esa frase para replicar: “Exactamente por esas dos circunstancias me permití mandarle decir que usted debía interesarse en descubrir y castigar al autor o autores del libelo, pues de lo contrario la gente concluiría que es usted un hipócrita, un hombre que desde con hechos sus prédicas.”

La conversación se prolongó por una hora sin avance alguno, ni siquiera la propuesta de averiguar quién o quiénes eran los autores —o los inspiradores— del libelo. Echeverría propuso que Cosío lo invitara a comer a su casa para mostrar ante la prensa que no había disgusto entre ellos. A regañadientes, el historiador sugirió darle a ese encuentro el formato de “reunión de trabajo” con un grupo de destacados escritores y periodistas para debatir la relación de los intelectuales, la prensa y el gobierno.

El encuentro tuvo lugar dos semanas más tarde. Echeverría no llegó dispuesto a dialogar sino a sermonear. Se quejó de la “intolerancia” de los intelectuales. Aunque la conversación con Julio Scherer, Octavio Paz y Víctor Urquidí fue ríspida, poco más tarde, a las cinco y media de la tarde, con las esposas presentes, Echeverría y su esposa, Esther Zuno, se mostraron “cordiales y platicadores”. Dieron las nueve de la noche y Echeverría se resistía a retirarse. “Fue esa la última vez que vi a nuestro presidente”, escribió Cosío.

La primera respuesta pública de Cosío Villegas a la calumnia fue el notable ensayo “Pasan atropelladamente periódicos, gobierno e intelectuales” (*Plural*, núm. 31, abril de 1974). Quiso ser su última aparición en público. Era difícil —argumentaba— ser un intelectual en México. Figuras como Raymond Aron y diarios como *Le Monde* eran casi impensables. Había demasiados escollos. Por una parte operaba la naturaleza autoritaria y corrupta de la política. Por otra, el carácter poco diferenciado de una sociedad casi impermeable a la crítica pública. Pero aún más grave era la tradicional apatía y el oportunismo de la prensa nacional, dedicada a ser comparsa o chantajista del poder, para extraer ventajas



comerciales. No obstante, se estaba operando un milagro de salud pública: como efecto liberador del 68 e impulsado por el entusiasmo de Julio Scherer, un grupo de escritores estaba convirtiendo a *Excélsior* en un diario exitoso, comprometido e independiente. Los logros podían ser más transitorios que permanentes debido a que ningún diario emulaba el ejemplo de *Excélsior* y por algo más grave: los ataques de escritores mercenarios fraguados desde el gabinete (Cosío inculpaba a funcionarios, no al presidente) contra los escritores independientes. Su conclusión era triste:

Sobra decir que nadie puede predecir ahora qué parte de la obra hecha o intentada por el presidente Echeverría resultará mejor recordada y apreciada por la posteridad; pero es válido presumir que será la política, este resurgimiento de una vida pública más abierta y democrática, y no sus medidas económicas o su actividad internacional. Entonces, si las acciones de esos funcionarios discordantes, añadidas a otras circunstancias de índole general, acaban por malograr la obra y las intenciones políticas, es de temerse que a la postre quede poco de todo el esfuerzo presidencial.

Lo cierto es que para entonces había perdido toda esperanza en “el clima de libertad política”. Ese mismo mes suspendió sus colaboraciones en *Excélsior* pero no para retirarse a cultivar su jardín en San Ángel. Tomaba aquel respiro para preparar un libro sobre el presidente. Lo tituló *El estilo personal de gobernar*.

Cosío compuso aquel cuaderno como solía hacerlo en sus gruesos volúmenes de historia. Trabajaba en su pequeño

estudio de San Ángel. Integraba grandes ficheros temáticos. Escribía con pluma fuente. Su diligente secretaria (Esperanza González) pasaba en limpio el manuscrito.

Apreciaba la preocupación del presidente por la provincia, abandonada por treinta años. Le merecían igual respeto algunas instituciones recién fundadas y la reforma política de 1973, aunque no dejó de advertir que solo el tiempo, en el caso de las primeras, y el riesgo de una competencia real para el PRI, en la segunda, probarían el acierto de la obra.

El vasto material proveniente de los discursos presidenciales lo tenía perplejo: no parecía reclamar la mirada de un historiador sino de un psicólogo. O, más bien, de un psicoanalista. Y en efecto, llegó a consultar a alguno con la esperanza de hallar teorías que explicaran el “síndrome Echeverría”.

La desaforada gestión de Echeverría había confirmado en Cosío una de sus más antiguas convicciones: el poder en México se explica mucho más atendiendo al perfil caracterológico de los responsables de ejercerlo que a condiciones estructurales más remotas. El poder en México era la biografía presidencial. En consecuencia, si el presidente padecía locuacidad, oscuridad, simpleza, ingenuidad, ignorancia, desorden, prisa, torpeza, cada uno de esos rasgos se traducían de inmediato a la arena política nacional. La psicología presidencial se volvía destino nacional.

Como el conocido cuento sobre el rey desnudo, *El estilo personal de gobernar* tuvo un efecto liberador. Eran desternillantes los pasajes sobre el presidente “predicador”.

Sin duda la constante más sobresaliente es su extraordinaria locuacidad [...] De hecho, se tiene la impresión de que para Echeverría hablar es una necesidad fisiológica cuya satisfacción periódica resulta inaplazable [...] Está convencido de que dice cada vez cosas nuevas, en realidad verdaderas revelaciones.

Gabriel Zaid interpretó la hilaridad que provocaba esa lectura como un acto liberador:

Que en el trajín de la vida diaria veamos y escuchemos la vida pública con la misma “doble” con que vemos y escuchamos los anuncios comerciales, descontando de antemano su irrealidad, es un buen mecanismo de defensa para no volvernos locos, pero es un mecanismo esquizofrénico, que nos hace funcionar dividiéndonos, no integrándonos. La integridad saludable frente a muchas cosas que hacen o dicen nuestros políticos sería la carcajada, la indignación.

Pero el lector podía advertir la amenaza latente de aquella realidad. Si la libertad política del país dependía de la autenticidad con la que el presidente practicara la crítica, la autocrítica y el diálogo, el panorama —escribió don Daniel— era desolador:

Después de un examen de no pocos textos y actos de Echeverría tras un largo y reposado discurrir, con todo el dolor de mi alma he llegado a una conclusión negativa. Y no, mil veces no, porque considere yo al presidente un hipócrita o un farsante, sino porque no está constituido física y mentalmente para el diálogo sino para el monólogo, no para conversar sino para predicar. Mi conclusión se basa en la desproporción de sus reacciones o las de sus allegados ante la crítica, y en la pobreza increíble de los argumentos con que la contestan.

El estilo personal de gobernar presagió veladamente el golpe al *Excelsior* de Julio Scherer. Cosío no vivió para verlo, pero lo presintió. Así me lo hizo saber poco antes de morir. El sexenio que abrió el clima de libertades terminó censurando la libertad de expresión. El sexenio de la “apertura democrática” terminó cerrando las vías democráticas. Pero de ese golpe los periodistas y escritores independientes se repusieron para fundar nuevas publicaciones y defender la libertad. Así ocurrió entonces. Así ocurrirá siempre. ~

ENRIQUE KRAUZE es historiador, ensayista y editor, director de *Letras Libres* y de la editorial Clío. Su libro más reciente es *Spinoza en el Parque México* (Tusquets, 2022).

El idioma analítico de Cosío Villegas

por **Rafael Rojas**

El historiador mexicano Daniel Cosío Villegas (1898-1976) perteneció a una brillante generación de humanistas latinoamericanos que emprendieron la profesionalización de la historia y las ciencias sociales a mediados del siglo xx, sin provenir ellos mismos de un campo académico especializado. Fue aquella una generación transicional, formada por intelectuales como José Luis Romero en Argentina, Sérgio Buarque de Holanda en Brasil o Leví Marrero en Cuba, que llegaron al campo académico con un estilo de escritura endeudado con la gran tradición ensayística latinoamericana.

La prosa de Cosío Villegas fue siempre ensayística: tanto en sus estudios históricos como en sus ensayos políticos. No se trataba de un ensayismo literario como el de Alfonso Reyes o Pedro Henríquez Ureña o filosófico como el de José Vasconcelos o Antonio Caso. Pero sí de un ensayismo que, a pesar de estar familiarizado con el lenguaje experto de la economía y la administración, la sociología y el derecho, construía los textos a partir de recursos literarios, tomados, sobre todo, de la narrativa.

A partir de la experiencia de Buarque de Holanda, el historiador y diplomático brasileiro Luiz Feldman ha explorado el dilema de la renuncia al ensayo en el arranque de la



profesionalización académica a mediados del siglo xx. Si en los primeros textos de Cosío Villegas, sobre cuestiones arancelarias, monetarias y sociológicas, ya se reflejaba aquel dilema, a partir de sus ensayos políticos fundamentales de los años cuarenta y, sobre todo, sus estudios históricos académicos, con la edición de los primeros volúmenes de la *Historia moderna* en los años cincuenta, la apuesta por una escritura a medio camino entre lo analítico y lo literario será evidente.

El volumen sobre la “vida política” —concepto que habría que repensar con mayor cuidado— de la República Restaurada adoptaba desde sus primeras páginas una composición teatral. Primero se describía la “escena” de la restauración republicana, tras el fusilamiento de Maximiliano en el Cerro de las Campanas y la entrada triunfal de Benito Juárez a la Ciudad de México el 15 de julio de 1867. Luego la “coreografía” o la danza de un México que, sin enemigos externos, debía reconstruirse políticamente a partir del legado liberal de las Leyes de Reforma y la Constitución de 1857. Finalmente, el “bailete” que montaban los propios coreógrafos del liberalismo mexicano.

Con evidentes juegos poéticos, Cosío Villegas llamaba “primera tormenta” a la crisis postelectoral de 1871 y la revuelta antijuarista del Plan de la Noria de Porfirio Díaz. Intentaba captar el reemplazo de militares por civiles y la reorientación del gasto de defensa en el presupuesto federal, en favor de la educación y las comunicaciones, con la frase “encógrese Marte”. A las múltiples cortapisas que se pusieron a la Constitución del 57, para hacerla manejable por los gobiernos de Juárez y Lerdo, las definió como “relajamiento constitucional”, una expresión que en vano buscaremos en tratados jurídicos o políticos.

En los volúmenes sobre el porfiriato, que abarcaban 34 años en lugar de los nueve de la República Restaurada, Cosío Villegas tuvo que subdividir la “vida política” en “vida política interior” y “vida política exterior” y a esta última, a su vez,

en dos tomos: uno dedicado a las relaciones con Guatemala y otro a las relaciones con Estados Unidos, España, Francia y Gran Bretaña. En la “Sexta llamada particular”, escrita en octubre de 1962, en medio de la Crisis de los Misiles en el Caribe —otra vez, como en el teatro, el historiador entendía los prólogos como llamadas a escenas—, que antecedió al primer tomo de la historia diplomática del porfiriato, hizo esta anotación que no carece de interés: “si he incluido esos países y he dejado fuera, digamos, a Rusia y a Cuba (tan de moda hoy), no es precisamente por miedo, sino por la razón pura y simple de que con esos países tuvo México sus relaciones políticas importantes”.

En el tomo sobre Guatemala la escritura alcanzó verdaderos destellos de humor. El sesudo Matías Romero era bautizado como “Matías, el Aventurero”, el acápite sobre la creación de la embajada de México en Guatemala, siendo canciller José María Lafragua, se tituló “Vulcano y Lafragua”, el capítulo sobre Justo Rufino Barrios, líder liberal guatemalteco, se llamó “Justo, caudillo y mártir”, como la novela de Miguel de Unamuno, y la famosa cumbre entre Guatemala y El Salvador, en el limítrofe volcán Chingo, para intervenir en la guerra civil hondureña, en 1876, se narraba a partir de la letra del tango “Ya no cantas chingolo”.

Títulos similares se repetían en el volumen sobre Estados Unidos: “Magdalena, la Ingrávida”, sobre los intentos de colonización y establecimiento de bases carboneras en la bahía Magdalena y de expansión de Estados Unidos hacia la Baja California Sur, en 1883, 1907 y 1911, o “Los tres mosqueteros”, que aludía a los tres funcionarios diplomáticos que quedaron en México, tras la revuelta de Tuxtepec, en las embajadas de Gran Bretaña, Francia y España: los encargados de negocios de Madrid, Sebastián de Movellán, de París, Ernest Burdel, y el cónsul británico Frederick Glennie.

Según Cosío Villegas, fueron aquellos funcionarios menores los que mantuvieron a flote las relaciones internacionales

del país durante la transición de la República Restaurada al porfiriato. Conocedor de la burocracia mexicana, el historiador prestaba atención no solo a grandes figuras de la política exterior —los cancilleres Lerdo de Tejada, Lafragua, Vallarta o Mariscal, por ejemplo— sino a vicecónsules, encargados de negocios y oficiales mayores, como Emilio Velasco y José Fernández, a quienes no dudaba en llamar “héroes” de la diplomacia moderna en México.

Del gran esfuerzo investigativo de Cosío Villegas en el proyecto colectivo de la *Historia moderna de México* salieron dos libros suyos, *Estados Unidos contra Porfirio Díaz* (1956) y *La Constitución de 1857 y sus críticos* (1957), que tuvieron una importante recepción historiográfica. Mejor recepción, podría decirse, que la propia *Historia moderna* que, como recapitulara Charles Hale, recibió acusaciones de exceso de prolijidad y regodeo en detalles insignificantes por parte de Luis Chávez Orozco y otros historiadores. Muchos de quienes deploraron aquel exceso de historia en la obra de Cosío Villegas en los años cincuenta eran los mismos que una década atrás habían atacado sus brillantes ensayos políticos en *Cuadernos Americanos*, por una supuesta falta de perspectiva histórica.

En esos ensayos, “La crisis de México” (1947), “México y Estados Unidos” (1947) o “Los problemas de América” (1949), que luego se reunieron en el volumen *Extremos de América* (1949), rotundamente actual, se proponía una cierta radiografía política de la naciente Guerra Fría en todo el continente americano. Valdría la pena juntar un glosario de los términos que Cosío Villegas utilizaba para caracterizar los diversos regímenes políticos en aquella América Latina de mediados del siglo xx. Es ahí, tal vez, donde habría que encontrar las claves de un lenguaje que, al final de su vida, el historiador aplicaría al propio sistema político mexicano.

Ahí hablaba Cosío Villegas de regímenes “más o menos tiránicos”, entre los que podrían incluirse los de Trujillo en República Dominicana, los Somoza en Nicaragua o los Duvalier en Haití, pero también, más en el “menos” que en el “más”, a Getúlio Vargas en Brasil y a Juan Domingo Perón en Argentina. Observaba una tendencia progresista y un respaldo masivo en el varguismo y el peronismo, que los distinguían de las dictaduras militares más tradicionales, inscritas en la estirpe caudillista de Porfirio Díaz en México, Juan Vicente Gómez en Venezuela o Augusto Leguía en Perú.

Además de los “regímenes más o menos tiránicos”, identificaba los “regímenes más o menos democráticos o revolucionarios” ¿A cuáles tenía en mente? Entre los democráticos, evidentemente a la Venezuela de Rómulo Betancourt y Rómulo Gallegos, al Chile de Gabriel González Videla, a la Colombia de Mariano Ospina y a la Cuba de los gobiernos “auténticos” de Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás. Por último, los regímenes “más o menos revolucionarios” muy probablemente se refirieran al México de Miguel Alemán Valdés y a la Guatemala de Juan José Arévalo.

Así como en su estilo de historiador Cosío Villegas jugaba con giros de la narrativa y el ensayo, en sus textos políticos evitaba la jerga de la naciente politología. Su lenguaje se afincaba en la filosofía política clásica, pero incluso desde esos referentes operaba con gran flexibilidad ideológica. Siendo un liberal resuelto, rechazaba “las acciones anticomunistas” de gobiernos como los de Estados Unidos, durante el macartismo, o Chile, en tiempos de la dictadura de Augusto Pinochet, porque son “antidemocráticas y han llegado a ser hasta criminales”.

En sus últimos ensayos, *El sistema político mexicano* (1972), *El estilo personal de gobernar* (1974) y *La sucesión presidencial* (1975), refinó ese idioma analítico. En uno de ellos, por ejemplo, sostuvo que el México presidencialista y de partido hegemónico no era una dictadura ni una democracia. La “organización política” del país era “sui generis”, “impura”, pero ni una cosa ni la otra, lo cual otorgaba a la experiencia mexicana, como país testigo de la primera revolución latinoamericana del siglo xx, una cualidad mediadora en la Guerra Fría.

En otro momento definía el sistema político mexicano como una “monarquía sexenal y hereditaria por vía transversal”, es decir, a través del dedazo y su acatamiento por el partido hegemónico. Partido “predominante” que, por no ser único, diferenciaba al régimen mexicano de la Unión Soviética, los socialismos reales de Europa del Este y Cuba. A su vez, ese partido producía una burocracia civil renovable, inexistente en las últimas dictaduras militares de América Latina y el Caribe.

Aquel talante en la escritura de Cosío Villegas no le impidió cuestionar frontalmente a presidentes de la república, como Luis Echeverría, en sus memorables columnas de los viernes en *Excelsior*. En una de esas columnas, la titulada “Don Luis: político o politólogo”, del 22 de noviembre de 1968, entró de lleno en el problema del lenguaje. Ahí decía que el buen político, y mencionaba a dos, Franklin Delano Roosevelt y Charles de Gaulle —¿por qué no habrá mencionado también a “mi general Cárdenas”, quien, a su juicio, fue el verdadero creador del partido oficial, con sus sectores obrero, campesino y militar?—, debía tener “ideas generales propias”, pero no aspirar a ser un científico político.

El historiador invitaba a concluir que la politología no era la única forma de pensar y escribir sobre la política de un país. Reprochaba justamente a los politólogos, obsesionados con las tipologías de los regímenes, no haber comprendido la naturaleza del cardenismo, que, a su juicio, se reducía con frecuencia a corporativismo. Peor que un político sin ideas era un político aprendiz de politólogo, que presenta el duro camino de la democracia en México como un “sendero tiernamente rosado”. ~

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *Breve historia de Cuba* (Los Libros de la Catarata, 2025).



El estilo personal de hacer crítica

por **Daniel Cosío Villegas**

Para ilustrar la penetración analítica, la integridad intelectual y la prosa desenfadada de Daniel Cosío Villegas, ofrecemos a nuestros lectores dos de sus mejores piezas periodísticas. El primer texto es una disección de la relación entre el poder y la prensa a mediados de los años setenta, cuyas resonancias no dejan de ser inquietantes. El segundo constituye el último ensayo que, de manera póstuma, *Plural* publicó de Cosío Villegas y que originalmente había sido escrito para un congreso en el Instituto de Estudios Mexicanos de la Universidad de Perpiñán, al que lamentablemente don Daniel no alcanzaría a asistir.

Pasan atropelladamente periódicos, gobierno e intelectuales

Atracos verdaderos y recientes (el más viejo tiene un año y el inmediato ocho semanas) han impuesto la necesidad de reflexionar sobre este tema: cuál puede y debe ser la relación entre el intelectual y el gobierno por una parte,

y, por la otra, entre ese mismo intelectual y las publicaciones periódicas donde aparecen, o pueden aparecer, sus opiniones.

Pártase del hecho bien sabido de que este problema no se da en los países con una tradición democrática arraigada, ni tampoco en los totalitarios. En los primeros, porque la libertad de expresión es connatural a su vida, y en los segundos, porque la oficial es la única opinión no que vale, sino que existe. Al contrario, ese problema nace y renace fatalmente en las sociedades que viven bajo un régimen autoritario al que se llama piadosamente “democracia imperfecta”. Ha de entenderse que esas imperfecciones significan cuando menos dos cosas: que las leyes que ofrecen garantizar la libertad de expresión se respetan o no según el capricho o la conveniencia del gobernante, y que falta un clima que propicie el credo de que esa libertad es tan necesaria a la salud colectiva como el aire a la salud del individuo.

En el caso concreto de México todavía son necesarios algunos esclarecimientos. Hemos tenido gobernantes

enemigos jurados de la libertad de expresión, digamos Porfirio Díaz y Victoriano Huerta. Los ha habido tan convencidos de que los vicios de una prensa libre pero abusiva los corrige una prensa libre y ponderada, que en buena medida sucumbieron por el libertinaje creado a la sombra de esa fe. Ocurrió así con Sebastián Lerdo de Tejada, porque quiso ser fiel a la más pura tradición liberal que había heredado. Y con Francisco I. Madero, porque se consideraba jefe de un movimiento destinado a cambiar cuanto de malo hallara en el porfiriato.

Las situaciones han variado a lo largo del periodo revolucionario. Hasta 1929, digamos, existió bastante libertad de expresión. No porque el sentir público lo reclamara ni tampoco porque los grandes caudillos de entonces la enarbolaban como enseña de su credo político. Más bien se debió a que el grupo revolucionario comenzó a desgajarse en facciones, cada una de las cuales ambicionaba dominar a las otras, de modo que esta lucha feroz por el poder tenía que manifestarse públicamente en el parlamento, en la prensa y aun en mítines y manifestaciones callejeras. Hacia esa misma época, sin embargo, casi todos los grandes caudillos revolucionarios habían desaparecido a consecuencia de esas luchas facciosas. Entonces se impuso un llamamiento a la unidad de los que quedaban, y esto debilitó la libertad de expresión, pues lo común es usarla para presentar discrepancias y no la uniformidad. A esto debe agregarse que desde 1946 se hizo del desarrollo económico la meta principal o única de la ocupación y la preocupación del Estado y aun de todos los mexicanos. Una meta tan levantada, y cuyo logro iba a beneficiarlos por parejo, no podía admitir un rechazo y ni siquiera vacilación. En fin, la incuestionable estabilidad política y el no menos incuestionable progreso material alcanzados crearon una atmósfera de complacencia en que cualquier voz disidente hubiera sonado a grito destemplado.

Si se acepta el año de 1946 como el inicial de esa era de complacencia, puede decirse que hacia su mitad, entre 1958 y 1961, se escucharon las primeras voces disidentes cuyo eco, sin embargo, poco o nada movió. Primero, porque se presentaron en dos o tres artículos de revistas técnicas y en un solo libro. Segundo, porque provenían de economistas profesionales y se dirigieron a profesionales de la economía, como lo demuestra el que la prensa periódica no recogiera siquiera sus conclusiones sobresalientes. Por último, el clima de complacencia las ahogó porque censuraban la política “desarrollista” iniciada en 1946, arguyendo que se repartía en un grado increíblemente desigual el ingreso nacional, es decir, el fruto de un esfuerzo que se suponía mancomunado, unitario, para mejorar en provecho de toda la economía nacional.

De un tono todavía menor resultaron las disidencias de carácter político publicadas en dos o tres artículos eruditos y en un solo libro tardío (1965). A pesar de ello, no dejaba

de presentirse un ánimo vago pero general de que la encomiada estabilidad política se había conseguido estrangulando el acceso al poder y a la vida pública en general.

La rebelión estudiantil de 1968 le dio un estado público impresionante a lo que hasta entonces había sido un descontento difuso y callado. Este cambio, súbito y dramático, afectó de un modo señalado la actitud del intelectual ante la sociedad, porque no pudo dejar de percibir cosas que lo pusieron a cavilar. Desde luego, el carácter apasionado o irracional de la protesta de estudiantes y profesores tenía el signo inequívoco de la inconformidad con la situación toda del país. Después porque a pesar de esto no la apoyó siquiera verbalmente ninguna agrupación obrera y campesina, y menos todavía esos organismos “populares” que forman las burocracias administrativa y profesional. En fin, a este hecho, que por sí solo medía con elocuencia la solidez granítica del sector oficial y oficialista, el intelectual pudo medir hasta qué extremos podía llegar un gobierno “democrático” resuelto a silenciar una voz disidente colectiva y no ya la individual, que hasta entonces había tolerado más o menos.

Aquí resulta oportuno señalar ciertos rasgos que caracterizan al intelectual mexicano que han producido dos efectos lamentables: limitar su influencia sobre la sociedad en general y particularmente sobre el gobernante, y dar lugar a que se le atribuyan móviles mezquinos cuando se resuelve a comentar públicamente la vida nacional. El intelectual mexicano no está acostumbrado a considerar como parte normal de su oficio de intelectual comentar críticamente los acontecimientos públicos de su país. En realidad, apenas lo mueven a escribir dos circunstancias: cuando se le prohíbe hacerlo, o cuando se le corteja reiteradamente para que lo haga; pero rara vez, o nunca, de modo espontáneo, de su propia iniciativa.

Después de todo, no deberían sorprender esos rasgos. Por lo pronto, en ningún país del occidente europeo es una norma general que un buen número de intelectuales comenten, por escrito o verbalmente, los sucesos nacionales del día. Pero sí puede decirse que nunca deja de haber algunos que lo hacen, digamos, en Francia, Mauriac y Aron. Enseguida, esas sociedades son mucho más diferenciadas que la nuestra, y, por lo tanto, en ellas se ha impuesto una división del trabajo que produce un intelectual “puro”, el dedicado exclusivamente a sus tareas intelectuales, y el comentarista, que hace de la crítica pública una profesión, una verdadera especialidad, digamos, para volver a Francia, Beuve-Méry. Más importante aún resulta otra diferencia entre esas sociedades y la nuestra. La opinión pública de los países occidentales es más ilustrada, tiene un hábito arraigado de leer y de comentar los periódicos, y por eso acoge con interés los comentarios que halla en ellos. Y no se diga de los funcionarios públicos o de los grandes empresarios, que siguen con atención diaria la opinión impresa,

y reaccionan públicamente cuando se sienten dañados. El escritor, en suma, sabe que sus opiniones no caen en el vacío. Entre nosotros, a la inversa, nada raro es que un intelectual funde su reticencia a escribir para periódicos y revistas en que le parece ocioso, aun estúpido, predicar en el desierto.

Todavía ha de agregarse una consideración más. Está por hacerse la historia de nuestras principales publicaciones periódicas, y eso que algunas han rebasado ya el medio siglo de vida. Sin embargo, quienes las han usado para otros propósitos tienen la impresión de que ninguna de ellas hizo un esfuerzo para contar con un cuerpo de articulistas distinguidos que, o bien defendieran la actitud política superior de la publicación, o que, al contrario, los eligieran de distintas filiaciones para encarecer la neutralidad del diario o de la revista en cuestión. Lejos de eso, esos cuerpos de colaboradores se constituyen al azar, unas veces llamando a un escritor por la simple razón de su truculencia y otras porque hay personas dispuestas a escribir gratuitamente, sin importar que su significación intelectual resulte dudosa. Porque esa es otra: aun los diarios y revistas más prósperos juzgan innecesario ofrecer a sus colaboradores una remuneración atractiva por “buenas” razones. Desde luego, claro, porque entre más bajos sean los costos de producción, mayor resulta la posibilidad de que una empresa dé utilidades. Pero esta consideración, de anverso convincente, tiene su reverso: la publicidad es el principal ingreso de todo periódico, y crece y se paga mejor si la circulación es más amplia, y esta, a su vez, depende en buena medida de la mejor información y de una colaboración de renombre. La verdad de las cosas es que un gran número de revistas y no pocos diarios se fundan y se sostienen no como empresas industriales en sí mismas, sino con el propósito de presionar con ellas al gobierno, sea para conseguir un modo personal de vivir, sea para asegurar la prosperidad de otras empresas sin relación alguna con el periodismo y que constituyen la verdadera fortuna de quienes invierten algún dinero en diarios y revistas. Para decirlo con mayor claridad, esos diarios y revistas se usan para el chantaje, unas veces descarnado, y otras con un disimulo apenas epidérmico.

Todo esto explica la despreocupación por asegurarse colaboradores que, a más de escribir bien y de tener ideas, quieren expresarlas con independencia del gobierno y en general del *establishment*. No solo eso, sino que los accionistas y los directores de la mayoría de los diarios y revistas consideran que los escritores, lejos de recibir una remuneración, debían pagarla dada la publicidad que reciben al imprimirse sus escritos.

Esta situación ha cambiado bastante durante el quinquenio anterior: en sus dos primeros años, porque al intelectual se le prohibió escribir, y en los tres siguientes por haberse le cortejado insistentemente para hacerlo.

En efecto, al producirse la rebelión estudiantil de 68, los muros de las escuelas universitarias y politécnicas se cubrieron de breves sentencias condenatorias del gobierno y laudatorias de personajes real o supuestamente revolucionarios. Se imprimieron y distribuyeron por centenas de millares hojas volantes que pasaban de mano en mano. Surgieron periódicos formalmente impresos y en algunos diarios y revistas se deslizaron artículos de escritores autorizados. A esta “nueva ola” se sumó pronto la prédica diaria del presidente Echeverría para abrir y mantener un diálogo continuo, para hacer públicas las quejas y las denuncias, para criticar y autocriticarse, para exhibirse él y sus colaboradores ante la mirada pública. Todo esto con el fin de crear un clima o un espíritu democrático y abierto, sustentado fundamentalmente en una libertad de expresión irrestricta.

Casi al mismo tiempo se produjo otro cambio muchísimo menos visible para el común de los mortales, pero de indudable importancia. La dirección y la administración de uno de los diarios más antiguos y de mayor renombre del país cayeron en las manos de un grupo de jóvenes periodistas profesionales que se propusieron darle una nueva vida. Y entre los varios medios para conseguirlo estuvieron estos tres: invitar a nuevos colaboradores que prometían destacar; darles una libertad mayor para expresar sus sentimientos y sus ideas; y remunerarlos mejor.

Ninguna persona sensata puede negar la existencia y la singularidad de estos dos cambios; pero sí hay un ancho espacio para reflexionar qué importancia tendría que pasaran de transitorios a perdurables, así como señalar los obstáculos que pueden impedir ese paso.

Desde luego hay un hecho profundamente desalentador: ninguno de los diarios del país ha seguido el ejemplo del innovador que se ha citado antes, ni siquiera por vía experimental y mercantil, o sea probar si no aumentarían la circulación, la publicidad y las utilidades usando de la mayor libertad para presentar informaciones y comentarios más atractivos. De las revistas puede decirse algo semejante, excepto que una o dos han seguido moviéndose con la desenvoltura con que comenzaron. A la vista de estos hechos resulta difícil ser optimista, pues parece incuestionable que una tarea tan pesada como es la regeneración general de la prensa mexicana no puede descansar en un solo diario, tanto por la desproporción entre la magnitud de esa tarea y el esfuerzo posible aplicado a ella, como porque justamente a causa de su soledad, ese diario se convierte automáticamente en blanco de tiros y troyanos.

Tampoco alienta grandes esperanzas el propio grupo intelectual. Un buen número de sus miembros, más de los que uno se imagina, viven con cierta independencia económica de sus escritos, conferencias y cátedras; pero pocos habrá con la habilidad y el gusto de escribir, y de ninguna manera resultaría posible acomodarlos a todos en el único diario que teóricamente desearía recibirlos. La sección más nutrida

la forman no estrictamente intelectuales, sino profesionistas de la más variada índole: contadores, médicos, agrónomos, ingenieros, economistas, abogados, arquitectos, etc. La mayoría trabaja en el gobierno o en negocios cuyo éxito depende del gobierno. Forman, en suma, la burocracia técnica oficial y privada en que descansa mucho de la vida diaria del gobierno y de los empresarios, así como de sus planes futuros. No es fácil esperar que comenten públicamente los sucesos nacionales, y esto sin considerar que para hacerlo con provecho es menester tener un conjunto de ideas generales donde puedan insertarse las puramente técnicas.

Pero queda el grupo reducido de intelectuales, incluso con ciertas aptitudes de escritores, que representan un verdadero peligro porque se alquilan a los políticos más ambiciosos. Y aquí, justamente, está el otro gran obstáculo con que tropieza este espíritu innovador. Parece indudable que no todos los altos funcionarios del gobierno aprueban la política democratizadora del presidente Echeverría, en parte porque ellos mismos han sido objeto de alguna crítica de los escritores independientes y en una parte mucho mayor por considerar peligrosa esa política, sobre todo —agregarían— en tiempos de “crisis”, ahora por el alto costo de la vida y mañana por la sucesión presidencial. Para ellos, en un país tan bronco y tan desarticulado como es México, no cabe sino un gobierno fuerte, o “duro”, como hoy se dice. Eso quiere decir que los actos del presidente y de sus más próximos colaboradores deben estar a salvo del escrutinio y de la crítica. Y claro que esa filosofía se traduce en medidas represivas y en injustificados ataques a los escritores independientes, que se hacen usando los fondos públicos para pagar la pluma mercenaria de otros escritores.

Para algunos de los intelectuales independientes, siendo esos hechos graves y condenables, la gravedad y el peligro mayores residen en otra parte. Sobra decir que nadie puede predecir ahora qué parte de la obra hecha o intentada por el presidente Echeverría resultará mejor recordada y apreciada por la posteridad; pero es válido presumir que será la política, este resurgimiento de una vida pública más abierta y democrática, y no sus medidas económicas y sociales o su actividad internacional. Entonces, si las acciones de esos funcionarios discordantes añadidas a otras circunstancias de índole general acaban por malograr la obra y las intenciones políticas, es de temerse que a la postre quede poco de todo el esfuerzo presidencial. ~

Plural, abril de 1974.

Dónde no estamos hoy

En México nos pasa cada seis años lo que en cuarenta le ha ocurrido recientemente a España: un Francisco Franco que se apegaba con tenacidad inhumana a la vida y no acaba de

morirse y un Juan Carlos que no pasa de la adolescencia. Los politólogos nacionales y extranjeros han señalado este fenómeno, si bien no lo han estudiado de verdad. Mantienen, en efecto, que el poder del presidente en turno comienza a declinar desde el instante mismo en que el PRI adopta un candidato, y que concomitantemente el poder de ese candidato comienza a crecer desde ese mismo instante. El resultado final de este proceso largo, de doce a catorce meses, es que a las once de la mañana del 1 de diciembre el poder del mandatario saliente marca cero y el del nuevo alcanza cien.

Esta generalización de los politólogos nace en realidad de consideraciones obvias y por ello convincentes. Desde luego la norma constitucional que prohíbe la reelección del presidente en turno convierte en un hecho cierto y fatal su desaparición del escenario público, o sea, que no puede caber duda alguna sobre que perderá su poder en una fecha conocida y fija. Después, la victoria electoral del candidato priista es tan cierta, tan segura, que nadie puede dudar de que en un día y a una hora fijos subirá a la presidencia y se hará del poder que tal puesto conlleva. Viene enseguida otra disposición constitucional, que exige que los secretarios de Estado, de entre los cuales hace mucho tiempo brota el Verdadero Tapado, se separen de sus puestos por lo menos seis meses antes de las elecciones, pues así se ven obligados a lanzarse públicamente en pos de la presidencia, o permanecen en sus puestos, y entonces renuncian a contender. Por último, cuenta mucho el Tapadismo, pues impide que los Suspirantes, a partir del primer día de su entrada al gabinete, se vayan creando paulatinamente una fuente propia de poder, de modo que el Verdadero Tapado resulta siempre un Don Nadie políticamente hablando. De ahí la imprescindible necesidad de fabricarle una personalidad, de labrarle una fuente propia de poder mediante una prolongada, espectacular y costosa campaña electoral que le permite conocer el país y su gente, y darse él a conocer. Recibe peticiones y hace promesas, que solo podrá cumplir “si el voto popular lo favorece”. Esta simple expectativa de que el sueño dorado, que no ha cuajado con el actual presidente, se realice al fin con el próximo, de que pueda colmarse en unos cuantos meses una necesidad largamente sentida, crea una relación de esperanza y, por lo tanto, de dependencia del petionario con relación al candidato y al futuro presidente. Por eso lo apoya y se hace su partidario.

Contrástese esta situación nuestra con la de otros países, digamos Francia y Estados Unidos. El señor Giscard venció al señor Mitterrand por nueve décimos de uno por ciento del voto total. Entonces, su victoria, a más de haber sido sumamente insegura, no podía darle un gran poder, pues, lejos de recibir “un mandato del pueblo”, apenas si salió, ya que casi la mitad de los ciudadanos votó en su contra. Un presidente norteamericano puede ser reelecto para un periodo adicional, de modo que, desde este punto de vista, Gerald Ford no tiene tropiezo; pero ya el comediante

Ronald Reagan se disparó a disputarle la postulación del Partido Republicano, y del Demócrata han saltado nada menos que nueve aspirantes. Entonces, estos elementos de incertidumbre hacen que no resulte fatal la declinación del poder de un presidente y el fortalecimiento consecuente de su sucesor.

Empero, si se estudia nuestra historia reciente, se verá algún caso en que el poder del presidente en turno crece durante el último año de su gobierno, y otro en que lo pierde antes de nacer un sucesor. Ejemplo de la primera excepción es el general Cárdenas, y de la segunda, Gustavo Díaz Ordaz.

Con dificultad puede pensarse en un presidente nuestro cuya sucesión se haya hecho en condiciones más difíciles que Cárdenas. Por una parte, su política radical partió al país en dos bandos: el primero pedía que esa política se prosiguiera hasta su último extremo, incluso llevando a la nación al socialismo; el otro, por el contrario, quería volver a una política más mesurada, en la cual se consideraran y se conjugaran de algún modo los intereses encontrados de todos los grupos y personas. El resultado fue que, frente al candidato y al partido oficiales, se levantaron nada menos que seis generales de renombre: Francisco J. Múgica, Rafael Sánchez Tapia, Manuel Pérez Treviño, Joaquín Amaro, Gildardo Magaña y Juan Andreu Almazán. A pesar de tanto elemento adverso, que por fuerza lo debilitaba, el general Cárdenas cobró mayor poder en el último año de su gobierno por dos circunstancias ajenas a su voluntad. La primera fue el amago de un levantamiento militar encabezado por Andreu Almazán, amenaza a la que no podía hacer frente sino el presidente de la república, único que manejaba el presupuesto y único también capaz de buscar y conseguir la adhesión de los caudillos militares. La otra circunstancia fue la presión del gobierno norteamericano para que México concluyera un arreglo con las compañías petroleras expropiadas. Obviamente, nadie que no fuera el presidente podía conducir las negociaciones diplomáticas, ni ninguno otro podía comprometer al país en un arreglo o convenio.

Por lo que toca al presidente Díaz Ordaz, es claro que perdió bastante poder dos años antes de concluir su periodo, debido, sobre todo, a la rebeldía estudiantil de 1968. El poder que se le escapó de las manos no fue a dar a un sucesor todavía no designado, de modo que, o se evaporó, o lo recogió el general Marcelino García Barragán, secretario de la Defensa y principal apoyo físico del presidente. Pero es que, además, Díaz Ordaz le cedió voluntariamente algún poder al ya candidato Luis Echeverría. Recuérdese, por ejemplo, la sustitución convenida entre ambos de los secretarios de Hacienda y de Agricultura, Antonio Ortiz Mena y Juan Gil Preciado, por Hugo Margáin y Manuel Bernardo Aguirre. En una escala menor, pero con igual sentido, resultaron las designaciones de director del Banco Cinematográfico, primero de Emilio O. Rabasa y después de Rodolfo Echeverría.

Esta última fue todavía más significativa, pues su objeto era evitarle al próximo presidente la pena —digámoslo así— de nombrar a su propio hermano para un cargo de cierta importancia administrativa y aun política.

Todavía más: en esa sucesión de Díaz Ordaz hubo un hecho claro en su momento, pero hoy olvidado. La tradición quiere que el traslado completo del poder se haga, no exactamente el 1 de diciembre, pero sí dentro del mes o los dos meses siguientes. En la sucesión de Díaz Ordaz se dieron hechos suficientes que fundarían la afirmación de que, desde el primer día de su campaña electoral, Echeverría comenzó a minar deliberadamente el poder de su protector.

Entonces sería el caso preguntarse si no hemos presenciado o estamos presenciando hechos que le dan al actual proceso de transferencia del poder un tinte también especial. Parece que sí.

Para comenzar, la forma como ocurrió el último corcholatazo. Pocas semejanzas hay con las sucesiones de Cárdenas, Ávila Camacho y Alemán, pues en ellas miembros prominentes de la Familia Revolucionaria se rebelaron abierta, públicamente, contra el candidato y el partido oficiales. La semejanza comienza con la sucesión de Ruiz Cortines y continúa hasta la de Díaz Ordaz. En estas últimas la eliminación de varios aspirantes hasta dejar en pie uno solo se hace en la oscuridad y el silencio, sin provocar una escisión, no ya que dé lugar a la creación de partidos políticos contrarios al oficial, pero ni siquiera a un gesto de desagrado y menos aún a la renuncia de alguno de los desechados. Sin excepción, se “disciplinaron” y declararon que el Ungido era el mejor hombre.

Pero en la actual sucesión se dan rasgos nuevos e importantes. Primero, a diferencia de sus antecesores, excepto Cárdenas, que año y medio antes de las elecciones les pide la renuncia a los tres aspirantes principales, Echeverría, *motu proprio*, primero suscrita o plantea el problema de la sucesión; después, en tres ocasiones sucesivas hace retratos hablados del sucesor ideal, alguno de los cuales se parece tanto a él que no falta quien sospeche que Echeverría busca la reelección o la prolongación de su mandato; más tarde lanza al aire siete nombres de aspirantes viables, y pide que sean “analizados” por la opinión pública; a poco propone que, antes de escoger al hombre, se establezca un plan de gobierno; más tarde, pide que se provoque una “confrontación” pública entre los aspirantes y el plan; por último, anunciado un calendario de acuerdo con el cual el PRI convocaría primero a una asamblea para examinar el plan, y más tarde a una convención que escogiera al candidato presidencial, Echeverría resuelve que se haga antes el corcholatazo, y eso sin dar a conocer antes, o siquiera simultáneamente, su decisión a los suspirantes descartados.

Pueden obtenerse algunas conclusiones de esta secuencia de hechos que se inicia dos años antes de las elecciones y que se precipita durante los cinco meses que van de abril a

septiembre del año pasado. Deben distinguirse, sin embargo, las conclusiones que son válidas para otras sucesiones presidenciales de las que son privativas de la actual. De las primeras, dos vale la pena destacar. Desde luego, se reafirma la idea de que este es un proceso envuelto en un misterio tan completo que, salvo el propio presidente en turno, nadie lo puede explicar de manera cabal, ni siquiera quienes estuvieron muy cerca de ser ellos mismos los Ungidos, digamos Gilberto Flores Muñoz en su época y Mario Moya Palencia ahora. La segunda conclusión es que, contrariando la opinión mayoritaria de los politólogos, la selección del presidente en turno es decisiva, y que puede tomarla sin mayor miramiento de los intereses de personas o grupos, con tal, claro, de no cometer un error garrafal.

Ahora las conclusiones propias de estos tiempos. La primera, que el modo de ser personal del presidente Echeverría se ha hecho sentir a lo largo de todo el proceso selectivo. Y uno de los rasgos más salientes de ese modo de ser es una repugnancia invencible a crear y mantener un clima público despejado y estable; por el contrario, parece imposible de reprimir su inclinación a perturbarlo de continuo con actos y palabras inesperados. La segunda, que si bien es de la condición misma del político alcanzar, mantener y aumentar su poder, en el caso de Echeverría se ha llegado al extremo de la enajenación, o sea el uso del poder, no para conseguir un fin determinado, sino con el único y exclusivo de demostrar, aun de alardear de que se tiene ese poder omnímodo, y que nada ni nadie se atreve a intentar siquiera limitarlo de algún modo. La tercera conclusión es que, en parte por esa sed insaciable de poder y en otra por su temperamento personal, Echeverría ha terminado por creerse un mesías, es decir, el escogido por Dios para revelar al mundo la Verdad.

Antes de volver al tema principal de estas reflexiones, conviene esclarecer qué se entiende aquí por “poder”, y distinguir este concepto de otro con que el mexicano suele confundirlo. El poder es la capacidad de tomar decisiones y de hacerlas respetar o ejecutar. No es lo mismo que popularidad o aceptación general de la conducta de un mandatario. Si se tratara de popularidad, entonces la norma, al parecer invariable, es que el mandatario en turno pierde popularidad al grado de que en su último año de gobierno se convierte en una impopularidad general y palpable. Los politólogos tampoco han estudiado este fenómeno, a pesar de su enorme interés. Aquí apenas se anotarán dos consecuencias de ese hecho: primero, nuestros presidentes, quizás sabedores de que su popularidad se derrumba, gastan durante el último año de gobierno mucho de su tiempo, de su energía y de los dineros nacionales, en exaltar su personalidad y su obra, con el resultado de que la impopularidad se acentúa y se extiende. Segundo, precisamente una de las fuentes que alimenta y hace crecer el poder del sucesor es la esperanza de que el próximo presidente sea, si no mejor que el actual, sí, al menos, distinto. En fin, debe esclarecerse

que no hay contradicción entre un poder que crece o que se mantiene intacto, y una popularidad en declive, pues el poder se ejerce sobre todo dentro del ámbito estrecho, pero bien definido, del aparato político oficial, al margen del cual vive la nación. Y en esta es donde se manifiesta libre y espontáneamente la popularidad o impopularidad del gobernante.

Regresemos, pues, al tema inicial de estas reflexiones: ¿el poder o la fuerza política de Echeverría va decreciendo y paralelamente aumenta el de López Portillo? Por anticipado ha de admitirse que no existe, ni puede crearse, un metro o un termómetro que permita medir estos subires y bajares. A pesar de ello, parece necesario, y aun inevitable, hacer algunas afirmaciones más o menos atrevidas, pero no carentes de algún fundamento. La primera es que Echeverría no le cederá voluntariamente un adarme siquiera de su actual poder. Por el contrario, hay hechos que parecen indicar que trata de impedir que crezca el poder de su sucesor y de conservar él mismo un máximo de poder para ejercerlo después de abandonar la presidencia.

Se dirá que una cosa son los deseos o los propósitos de Echeverría y otra muy distinta la posibilidad de lograrlos. Efectivamente, así es; pero ¿se está viendo que López Portillo gana de verdad algún poder? Difícil o imposible determinarlo, pues la única manera hubiera sido hacer una encuesta popular antes de visitar un lugar, y otra después de que lo deja, para determinar si, en efecto, gana terreno. Por ahora, lo único que se sabe es que la gente lo encuentra “simpático”, en verdad una ganancia, pero no propiamente política.

Dadas estas últimas observaciones, y otras que podían añadirse, cabe presumir que esta vez no se confirma la afirmación de los politólogos de un poder decreciente y otro en ascenso, para llegar el primero a cero y el segundo a cien. Con el solo ánimo de mantenerse dentro de este espíritu de cuantificación, podía aventurarse que, al llegar el 1 de diciembre de este año, y de no ocurrir algo gordo e imprevisto, Echeverría no tendrá ciertamente el cien por ciento del poder, pero sí algo como el setenta, y a don José, por lo tanto, no le tocará sino el treinta.

Otra cosa es, por supuesto, si para enero o febrero de 1977 don José sube al setenta y Echeverría se queda con treinta, y si aun este treinta lo pierde al fin de ese año, pues debe admitirse que un presidente mexicano tiene los recursos necesarios para abatir pronta y definitivamente al más guapo que se le plante enfrente. ~

Plural, julio de 1976.

DANIEL COSÍO VILLEGAS (Ciudad de México, 1898-1976) fue historiador, sociólogo, diplomático y escritor. Fundador del Fondo de Cultura Económica, fue también un actor fundamental en la creación de El Colegio de México.